

SIMPATIAS Y DIFERENCIAS

Cuando se proclamó la República Española, Antonio Machado dejó Segovia para ser catedrático en un instituto de Madrid. Vivió en la calle del General Arando número 4, acompañado de su madre y la familia de su hermano José. Durante las horas que no ocupaban sus clases solía visitar los cafés de la Glorietta de Bilbao, y en los últimos tiempos de su estancia en Madrid reunió una tertulia en el Café de Varela, donde se veía a diario con Ricardo Baroja, Giménez Encina, Ricardo Calvo... Por esos años estuvo cerca de Guiomar, la amada, la indesligable de sus versos postreros. Colaboró en *El Sol*, publicó *Juan de Mairena* y una nueva edición de sus *Poesías completas*. El 18 de julio de 1936 dio fin a ese lapso de tranquilidad. Desde el comienzo de la Guerra Civil, Madrid estuvo amenazada por los bombardeos. Viejo republicano, Machado permaneció en todo momento fiel a la República. En adelante, no verá más a Guiomar, quien parte hacia las costas del Atlántico. "La guerra dio al amor un tajo fuerte", dirá en un soneto de años después. Las obras de teatro que por entonces escribía con su hermano Manuel no llegaron a terminarse y se han perdido quizá. Conservamos, en cambio, los poemas de guerra, como *El crimen fue en Granada*, a la memoria de Federico García Lorca.

Una mañana, bajo los bombardeos de otoño, León Felipe y Rafael Alberti se presentaron en casa de Machado, y le pidieron que dejara Madrid. En el local del Quinto Regimiento se organizó un almuerzo de despedida. Al atardecer salió con su familia para Tarracón; llegaron a Valencia al día siguiente. Vivieron en la Casa de Cultura, hasta que unos amigos le proporcionaron una villa en el pueblo de Rocafort, a unos veinte minutos de Valencia.

Rocafort crece en los declives de un cerro pequeño. Su tierra tiene la frescura que le da el agua de las acequias. Abajo el mar mece las barcas de los pescadores. En lo alto, hay un ralo bosque de pinos, y a la derecha los naranjales se cargan de azahares. Aquí, lentamente, Machado va recobrando la salud y la serenidad. Reanuda su trabajo y cada noche escribe hasta el amanecer. Cuando despunta el alba, abre la ventana para contemplar el nacimiento del sol o sube hasta la torre y desde allí ve dibujarse la primera claridad en la línea del mar.

Pocas veces desciende hasta Valencia. Un claro mediodía sobre un tingladillo alzado en medio de la plaza, habla con

una fuerza que no han olvidado quienes lo escucharon. En otra ocasión asiste al acto que inaugura el Congreso Internacional de Escritores, en julio de 1937, y pronuncia un discurso: *Sobre la defensa y la difusión de la cultura*.

En abril de 1938 el camino entre Valencia y Barcelona corre peligro de ser interceptado. Una tarde, Machado abandona Rocafort. Después del crepúsculo llega a Barcelona. Se instala en el Hotel Majestic. León Felipe lo acompaña durante un mes. Pasa más tarde a la Torre Castañer, en el Paseo de San Gervasio. A pesar de la fatiga física, produce nuevos versos y prosas que publica en *La Vanguardia* y en casi todas las revistas que leen los combatientes. Se presenta el invierno con su mayor crudeza y no hay carbón para encender la única chimenea. Los domingos es visitado por Tomás Navarro Tomás, el eminente investigador de la fonética, por el musicólogo Torner... Cada noche, su madre le lee a Cervantes, Shakespeare, Tolstoy, Dostoyewski, Dickens, Bécquer, Darío...

El 22 de enero de 1939 un auto enviado por el doctor Puche, Director de Sanidad, lo lleva hacia Gerona, en la medianoche invadida por el haz de reflectores que anticipan la incursión aérea. El auto se detiene antes de llegar a la frontera: delante hay cientos de vehículos, casi empotrados unos con otros, que impiden toda esperanza de seguir adelante. Machado y sus familiares bajan del auto y se pierden entre la multitud que marcha a pie. La oscuridad y la lluvia torrencial hacen difícil el camino. En el auto quedan los libros y los últimos manuscritos del poeta. La noche del 27 Machado pasa al fin la línea divisoria. Con su madre, su hermano y su cuñada permanece en un vagón de ferrocarril detenido en la estación de Cerebere. Navarro Tomás le lleva de Perpignan una carta del Ministro de Estado pidiéndole que vaya a residir a la Embajada Republicana en París. Machado prefiere quedarse en un puerto pesquero del Mediterráneo: Collioure, a donde lo lleva Corpus Barga. La calle principal sigue la línea trazada por el mar. En la plaza, ante un arroyo, se levanta el modesto Hotel Bougnol-Quintana. La señora Quintana recuerda aún hoy a Machado envejecido, triste, enfermo, humilde y lleno de bondad. Transcurren unos días que parecen aliviar la enfermedad de su corazón. No obstante, Machado ve cerca el fin de su vida y pide a su hermano que lo lleve a ver el mar.

Al llegar a la playa se sentaron sobre una de las barcas encajadas en la arena. Soplabla el viento, a través de la luz del invierno. Machado se quitó el sombrero que sujetó contra la rodilla, mientras reposaba absorto en la cayada de su bastón. Al cabo de un largo rato, señaló hacia las chozas de los pescadores. "Quién pudiera vivir ahí tras una de esas ventanas, libre ya de toda preocupación", dijo a su hermano. Después se levantó con gran esfuerzo y regresaron en silencio, caminando con dificultad por encima de la arena que aprisionaba sus pies.

La muerte lo alcanzó en el atardecer del 22 de febrero, miércoles de ceniza. Dicen que repetía con voz bajísima y monótona: "Merci, madame; merci, madame." Fue sepultado el 23, a las cinco de la tarde. Seis milicianos llevaron el féretro, cubierto con la bandera de la República, seguidos por una larga comitiva. La madre, doña Ana Ruiz, muerta tres días después, fue enterrada a su lado.

En el bolsillo del gabán de Machado, su hermano halló un papel que contenía tres anotaciones: en la primera se copiaban las palabras que inician el monólogo de Hamlet, lectura cotidiana durante el invierno pasado en Barcelona. La tercera consistía en una variante de una de las Canciones a Guiomar: "Y te daré mi canción", en vez de "Y te enviaré mi canción". La segunda tenía un solo renglón, el último verso que escribió Machado:

Estos días azules y este sol de la infancia.

*

Los datos reseñados en párrafos anteriores pertenecen al excelente libro de Aurora de Albornoz *Poesías de Guerra de Antonio Machado*, que acaba de publicar Ediciones Asomante de Puerto Rico. Aurora de Albornoz ha investigado fervorosamente la vida y la obra de Machado, y fruto de esa labor viene a ser el presente tomo que aparte de reunir los testimonios dispersos sobre los últimos días del poeta, presenta en la segunda parte del volumen los poemas escritos de 1936 a 1940, entre ellos algunos que hasta hace poco se consideraban extraviados: *Voz de España*, *Alerta*, unas *Coplas* finales y este poema a Mija, el héroe de Madrid, con el que damos término a esta recordación:

*Tu nombre, capitán, es para escrito
en la hoja de una espada
que brille al sol, para rezado a solas
en la oración de un alma,
sin más palabras, como
se escribe César, o se reza España.*

—J. E. P.

